

Tercer Domingo de Adviento, Ciclo B

(Isaías 61:1-2.10-11; I Tesalonicenses 5:16-24; Juan 1:6-8.19-28)

Se dice que el Evangelio según San Juan comprende un gran juicio de Jesús. Al menos en los primeros diecinueve capítulos los judíos y últimamente Pilato buscan evidencia para ejecutarlo. Se lo ve en el testimonio del pan de la vida cuando los judíos piden una señal de Jesús. También está presente en la interrogación por los judíos del hombre a lo cual Jesús restauró la vista. En el evangelio hoy el primer testigo del juicio da su testimonio en favor de Jesús. Juan Bautista dice que él mismo no es el Mesías sino uno que viene detrás de él. Por decirlo, Juan nos da un ejemplo.

Cuando éramos chiquillos, nuestros padres nos decían que el mundo no revolvemos alrededor de nosotros. Desgraciadamente, no siempre hemos recordado esta lección. A veces nos comportamos como si todos debieran hacernos caso, como si fuéramos el Mesías. Sí, estamos creados en la imagen de Dios para cumplir su voluntad, pero la salvación del mundo no depende de nosotros. Cuando se ordenó Josef Ratzinger, el papa Benedicto, como sacerdote, los ciudadanos de su pueblo tenían una gran fiesta. Estaban agradecidos a Dios que el don de la misa continuara en su país. Escribe el papa Benedicto que durante la procesión él tenía que contarse a sí mismo: "Esto no es de ti, Josef, no es de ti".

Así deberíamos recordarnos a nosotros mismos cuando nos aplauden por el trabajo que hemos hecho con la ayuda de un equipo: "No es de ti, Carmelo, no es de ti". No, es del grupo a decir nada de nuestros padres, maestros, y amigos que nos han hecho las personas que somos. Y cuando pensamos que el propósito de Navidad es para complacer a los otros y ser complacidos: "No es de ti, María, no es de ti". No, el propósito de la Navidad es recordarnos que Jesús ha llegado para salvarnos de la tontería. Ejemplos de ella abundan. Recientemente se ha hecho la moda enviar textos con no sólo palabras de la intimidad sino fotos de partes privadas. Jesús nos salva de esto también.

No es simplemente por predicar la moral que Jesús nos salva. Más bien, es su entrega a la muerte en cumplimiento de la voluntad de su Padre Dios junto con su resurrección que nos hace libre de pecado. Con este acto nos enseña el significado del amor que nos hace en personas dignas de la vida eterna. Por eso, Juan puede decir con toda honestad de Jesús: "...no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias".

Jesús nos llama a hacer su amor lo nuestro. Quiere que hagamos los sacrificios de placer, plata, y prestigio para dar a nuestra familia el mejor apoyo posible. Algunas veces el sacrificio exige que sigamos en el matrimonio aunque hayamos perdido el afecto para nuestra pareja. Como dice la doctora de radio Laura el matrimonio no

es sólo de los cónyuges sino de los hijos también. Los niños necesitan a los dos padres ya más que nunca. Nuestra cruz puede ser pesada pero la llevamos al lado del Salvador quien nos presta una mano para sostenerla.

Una vez un predicador mexicano-americano rezó en español en la junta del consejo de una ciudad. El alcalde le dijo después que no comprendió ni una palabra de su oración. El predicador le respondió que no estaba hablando a él sino a Dios. Es así con la Navidad. Su propósito no es en primer lugar para complacer a nosotros sino a reconocer que Jesús nos ha salvado del pecado. La Navidad es para reconocer a Jesús como nuestro Salvador.

Padre Carmelo Mele, O.P.